

## TRES NOVELISTAS ACTUALES

---

ALGUNOS críticos afirman que no tiene importancia la persona humana en la evaluación de una obra literaria; llegan incluso a la conclusión de que muchas grandes novelas y piezas teatrales, bien pudieran publicarse anónimas. Dicho en otras palabras, sólo vale del autor la obra, aquello que logra expresar de su personalidad dichosa o atormentada, la letra impresa estampada en la página de un libro. El criterio de tales estetas es inobjetable, pero no hay duda de que algo interesa, en ocasiones más de lo conveniente, la personalidad del autor, la forma cómo afrontó su bienestar o su miseria en el curso de su vida. ¿Podríamos escribir, por ejemplo, acerca de los cuentos de Baldomero Lillo sin recordar que fue empleado de una pulpería en Lota, que en seguida laboró en las oficinas de la Universidad de Chile, cuando ya la tuberculosis ahuecaba sus mejillas y su pecho? ¿Y Pedro Antonio González? Pocos ignoran las divulgaciones que Armando Donoso hizo de su vida y de la forma cómo escribía sus obras; saben o creen que el ejemplar amigo del poeta, Marcial Cabrera Guerra, recogía en las mañanas las cuartillas de sus trabajos, agolpadas sobre el piso de su dormitorio, entre desechos de tabaco y goterones de vino. Nosotros oímos de labios del poeta Max Jara que el vate de los *Asteroides* bebía, a lo sumo, una botella de vino en dos horas de pausada conversación, que llevaba siempre un libro en el bolsillo de su negro vestón y que hablaba el griego y el latín como lenguas familiares. Además, Pedro Antonio González dictaba clases en un colegio de señoritas, de suerte que debía salir de la cama temprano para cumplir su horario. Pensamos entonces que tal vez debe haber influido en la fama del poeta, el estrabismo de sus ojos, algo que puede contribuir a la apariencia de un trasnochador, para colmo de sus males, también dipsómano.

Esta breve explicación sirva a fin de que el lector se explique y

absuelva por qué nos vamos a ocupar de Fernando Alegría, Juan Godoy y Leoncio Guerrero, tres novelistas bastante actuales, más como hombres que como artistas, dejando la ajustada apreciación de sus obras, la medición de sus virtudes y defectos, de sus influencias venidas desde afuera y virtudes genuinamente propias, a los estetas y críticos especialistas. Pero hay todavía otra razón para cumplir en esta forma nuestro cometido. Los tres escritores que hemos nombrado, son, aparte de novelistas, maestros en diversas cátedras. Fernando Alegría y Juan Godoy son profesores de castellano, uno ha ejercido nada menos que en la Universidad de Berkeley, en la vecindad del puerto de San Francisco, que es como la matriz estilizada de nuestro recio y multiforme Valparaíso; Juan Godoy ejerce en el Instituto Nacional y Leoncio Guerrero da lecciones de dibujo en el colegio de San Ignacio de Loyola. A estos profesores puede fatigarlos una apreciación excesivamente sistemática, con esas medidas, esos pro y esos contras que ahora se usan hasta para calificar la poesía y que fueron la torturante prisión del ingenuo Raimundo Lulio, en manos del severo censor latino. Por otra parte, las veces que nos hemos inmiscuido en las apreciaciones estéticas, manejadas como fichas sometidas a sistema, con veraz bibliografía y otros complementos, nos han salido al paso justamente los profesores, vitalizados por un lenguaje enfurecido que probablemente no les soportaría ningún alumno y que nosotros hemos dejado sin responder, por ese desgano que produce la propia ensoñación o aquel comfortable estado de ánimo que podría calificarse presuntuosamente con el hecho de bastarse a sí mismo. Pero los autores que hemos señalado son, de acuerdo con el sabio consejo chino, primero escritores, en seguida artistas y en última y más valedera instancia, hombres, seres bien humanos, con su carne, sus nervios y sus huesos, lo que nos mueve a escribir de la cuasi totalidad de sus personas.

\* \* \*

Vimos por primera vez a FERNANDO ALEGRÍA, en casa del poeta y ensayista Aldo Torres. El escritor estaba recién llegado de California y lo acompañaba su esposa, una silenciosa salvadoreña. Aquella noche compartían la cena de Aldo Torres, en primer término, Teba Bronstein, cuya incapacidad para adaptarse a las exigencias culinarias era evidente; John M. Fein, norteamericano, profesor asociado de lenguas romances de la Universidad Duke, hombre discreto, más bien de apariencia tímida, dispuesto a estudiar nuestra literatura, a la usanza científica, o sea, por pequeñas zonas, bien exploradas.

Pero no nos equivoquemos con los extranjeros que pasan, como niños, un rato de solaz. De vuelta John M. Fein en Nueva York, declaró al cable:

La declinación habida en la venta de libros en Chile, indica que la inflación puede ser tan desastrosa para el mundo literario como para el mercado (de víveres). Cuando el precio de una novela se triplica, como ocurrió recientemente en Santiago, y el asalariado promedio tiene dificultades para equilibrar su presupuesto, no es sorprendente que la literatura sea considerada un lujo marginal y que la industria del libro sienta los agudos efectos de la economía casera. En vista de esta situación, no se publican tantos libros como antes y los autores deben esperar por lo menos dos años, debido a la acumulación de obras. El efecto neto ha sido una notable disminución en la creación novelística. La novela de Chile se encuentra en estado de congelación.

John M. Fein no sabía probablemente que Fernando Alegría ya había entregado los originales de su *Caballo de Copas* a una empresa editorial y que este libro, por sus críticas entusiastas y rápida venta, iba a eclipsar toda la producción literaria de este fecundo y laborioso autor. Nosotros tuvimos al frente a un hombre moreno, cauto, que hablaba en voz baja, que nos decía cosas agradables y callaba, preparándose para una imaginaria conversación que no hemos sostenido nunca. El escritor que viene del extranjero, en especial si procede de un centro cultural importante, es asediado por sus colegas nativos. Cada escritor latinoamericano distanciado de los grandes centros del mundo, de las esquinas de la humanidad actual, por la inmensidad de una selva o de un océano, por una mole lítica hasta hace tan poco tiempo inaccesible, como es el caso de nosotros los chilenos, siente al visitante como efectivo correo, como el destinatario de su misterioso mensaje, oculto dentro de la arrugada botella. Fernando Alegría era entrevistado por diarios y periódicos y los comentaristas más fríos y distantes del panegírico, los poetas puros más ocultos en su caparazón, prodigaban substantivos elogios al viajero y ya divulgado crítico literario. A nosotros nos impulsaba hacia Fernando Alegría más bien un sentimiento de gratitud. Sin conocernos, nunca nos había olvidado en sus recuentos de la prosa americana, y en cierta oportunidad, hace ya tanto tiempo que ni siquiera podemos acordarnos, al ser anatematizado uno de nuestros libros de cuentos, salió con su firma, en el suplemento de un diario, a estampar afirmaciones y distingos, propios mejor de un polemista que de un maestro. Hombre fino, culto, estudioso, autor de trabajos orientados por la prosa y la poesía chilena, también de la biografía novelada de Luis Emilio Recabarren y del toqui Lautaro; de algunos poemas

y de cuentos de excéntrica factura, no había logrado Alegría perfilarse, quedar asociado, adjunto a un libro. Eso sólo vino a sucederle con la publicación de su *Caballo de Copas*, aventuras de unos chilenos andariegos en San Francisco de California.

Nosotros hemos visitado recientemente el escenario de esta novela o al menos la periferia del picaresco relato; llegamos en ómnibus desde el Este de Estados Unidos, después de haber recorrido más o menos cuatro mil millas, algo aproximado al litoral de nuestra patria. Nos recibió un San Francisco frío y solo, era día domingo. Nos refugiarnos en un café del extremo sur de la ciudad, vimos unas bandejas prodigiosas y a unos hombres y mujeres derrotados que bebían café, echándole a sus vasos inmensas dosis de azúcar; en la pantalla del televisor se proyectaba una película de vaqueros, ilustrada con música impresionante. San Francisco de California es una ciudad jalonada de nombres españoles, pero de continente inglés, victoriano. Basta mirar esas viejecitas que suben a los tranvías desde los barrios residenciales encaramados en los cerros de luz fuerte, con sus esclavinas de finas pieles y sus sombreros floreados.

Hace algún tiempo —escribe Alegría, en la página 13 de su *Caballo de Copas*— cuando esta historia debe comenzar, trabajaba yo en calidad de lavador de platos en un restaurante de San Francisco. No se me pregunte cómo había llegado a tan precaria situación. El empleo de lavador de platos me servía para ganarme la comida, y, además, unos pocos dólares. Era un oficio digno. Digno de perros. En aquellos días me preparaba yo para misiones superiores, misiones que, a la sazón, no lograban definirse con claridad. Lavar platos me daba tiempo para pensar y permitir a la imaginación vuelos increíbles; me enseñaba hábitos de paciencia y comprensión estoicos, y me servía, de un modo algo sutil, para castigar los prejuicios de falsa dignidad caballeresca con que había llegado de Chile. Lave usted durante cuatro horas seguidas la salsa con que empapan el puré los restaurantes baratos de acá, y si al cabo de ese tiempo no se le revuelve a usted el estómago a la vista de la pasta café y verde, es usted un héroe o un mártir. Un ser excepcional. A mí, el puré de papas me pone los pelos de punta; la salsa me confunde el espíritu y podría dar de aullidos si me acercaran una cucharada de esa poción infernal a los labios.

El oficio ruin, a juicio del latino, aceptable sólo “para castigar los prejuicios de falsa dignidad caballeresca con que había llegado de Chile”, no lo es tanto para el norteamericano, que cambia con frecuencia de faena, porque se hastía en el mismo lugar o porque se lanza en pos de otra esperanza, de otra dura roca donde exprimir los irrenunciabiles dólares. En Los Angeles y en Hollywood conocimos esforzados chilenos que laboran como obreros, sabiéndose destinados a misiones superiores, y que estudian inglés en sus horas libres, se-

guros de adquirir bienes en su tierra, de viajar por Europa en el futuro, cuando el esfuerzo y la vida restringida permitan capitalizar. Los héroes de *Alegría* están en un plano más libre, de radiante vida picaresca; sólo anhelan vivir, a cada momento mejor, y no puede negarse que logran su finalidad. El chileno del barrio de Las Palmas que es Fernando *Alegría*, el chiquillo criado en la vecindad del viejo hipódromo, da curso a la fábula prodigiosa y muestra el agudo contraste entre dos seres de opuesto origen, el hispano y el sajón, en su lucha por adaptarse; uno frío y el otro emocional y apasionado; uno avaro de su intimidad, el otro pródigo en sus expansiones, atrayéndose y rechazándose por sus cualidades y defectos.

De nuevo volvimos a encontrarnos con Fernando *Alegría*, en la casa que tiene, en Santiago, Juan Marín. El Jefe del Departamento de Asuntos Culturales de la OEA, había llegado a Chile en uso de sus vacaciones y nos invitó a los dos, a la misma hora, las cinco de la tarde a su casa. Milena, la esposa y constante compañera de Juan Marín, nos hizo sentir a ambos que estábamos más gordos, y Fernando *Alegría*, despojado de su chaqueta —afrontábamos nuestro ardiente estío, sin refugio— a la vez que exhibía una deportiva camisa norteamericana, dio algunas explicaciones sobre su adiposidad, agregando el efecto nocivo que ya le producían los continuos festejos nacionales. El chileno de California acababa de publicar en México su copioso ensayo sobre los novelistas de Hispanoamérica, y como Juan Marín insistiera en que revisáramos al momento el índice, dio algunas explicaciones relativas a las limitaciones de una empresa cultural de ese carácter y a que siendo él mismo un escritor chileno, no podía abundar ni explayarse en exceso con los novelistas de su patria. Juan Marín sonreía un poco más allá de todo este asunto, y cuando nos íbamos, sólo nos pidió que anotáramos un recado en una carta que ya tenía escrita para el brasileño Armando Correia Pacheco, funcionario en las tareas culturales de la OEA y buen amigo epistolar nuestro. Salimos con *Alegría* a la caldeada acera, pero ya venía de la azul mole cordillerana esa brisa algo fría que mejora todo en Chile, hasta los peores pensamientos. El autor de *Caballo de Copas* ya no era el mismo corresponsal de otros años; estaba influido por los clanes literarios que actúan en nuestro país y que lo enturbian todo con su prejuicio y su mezquindad. Pero el hombre hecho por sí mismo, vapuleado y estimulado por los misterios prodigiosos de la vida, sabía conocer a la gente, entendía lo que subyacía bajo una posición histriónica de provocación a la vieja moral, descubría por su escorzo la pirueta destinada sólo a causar efecto, a estimular la anémica nombradía. La vida ardua, la permanencia por otras tierras sabiéndose

extranjero, entre extraños inclementes, todos bien refugiados bajo su alero, produce también óptimos diplomáticos o si no tanto, artífices de la contención y de la prudencia. Subimos con nuestro amigo a un taxi, hablamos de algunos fallidos y gigantescos negocios editoriales y nos despedimos frente a la amplitud del parque Gran Bretaña. A él y a mí nos urgía no retrasarnos en nuestras citas.



Los ambientes escogidos por JUAN GODOY son duros, de fealdad grotesca, en ciertos casos, se huele la grasa, el desamparo, la mugre, pero el novelista tiene la virtud de estilizarlos. En otras ocasiones la rica y hábil dialéctica vitaliza el relato, una argumentación mutua que vigoriza la acción, a través del diálogo y que da contornos de fuertes viñetas al suceso, encandilando al lector desprevenido, dándole la carnosidad aparente de un personaje, hasta el plano, en fuerte claro obscuro, del laberinto de su psiquis. Así, al menos, dialogan y se arrebatan la palabra los trágicos borrachos de *Sangre de Murciélagos*. No faltan tampoco los cuentos de Juan Godoy en que se impone el lirismo o la cuerda sentimental aguza su arpegio, hasta contener apenas la estridencia del llanto. Pensamos en *Angurrientos*, en *El gato de la maestranza*, en alguno de sus bellísimos cuentos cuya técnica, aparte del laminado, del burilado invisible del lenguaje, reside en la contención emocionante, entre barreras de formas magníficas, entre expansiones de hábil elocuencia. Pero eso no es todo Juan Godoy. Es preciso conocerlo primero por sugestivas referencias, en seguida por el diálogo con él mismo o con él y otros interlocutores pintorescos, en una zona de libación y magia que hace un hueco en el tiempo y que según más de alguno no carece de riesgos.

Recordamos que una tarde asistimos a la conferencia que dictaba en la Universidad de Chile Ernesto Montenegro sobre la compleja y lírica personalidad artística de William Faulkner. El autor de los *Cuentos de mi tío Ventura* habla en voz baja y triste, y es indispensable estar en el secreto de su aguda y sorpresiva inteligencia para seguir sus palabras con todo el interés que ellas van asociando. Entre los asiduos concurrentes de las charlas y conferencias que se dan en nuestra Universidad, hay un personaje pequeño, rojizo, de rasgos mongólicos, que siempre está sentado antes de que comience el acto y que se va mucho antes de que la disertación termine, lo que produce indudable molestia. Montenegro, antes de iniciar sus confidencias sobre Faulkner, se dirigió, sin intermediarios, al personaje que ya estaba sentado en la primera fila y le pidió que se marchara al ins-

tante, en vez de hacerlo cuando él ya estuviera hablando. Era un favor personal que el personaje otorgó, saliendo del salón, estibado en sus fuertes taconazos. Fue un buen comienzo para aquella tarde gris y para quienes se refugiaban en el vetusto recinto universitario. Porque entre los asistentes a la conferencia de Montenegro, estaban Juan Godoy, quien escribe estas líneas y una poetisa fiel amiga de ambos. "Vamos con ella —me dijo Godoy, con el tono imperativo de su voz cascada— y conversamos un momento. ¿Qué te parece?" La poetisa había aceptado la invitación y yo no me negué, por cierto. Aunque vinieron a mi memoria todas las prevenciones relativas a Juan Godoy, pertinentes a los peligros que había en dialogar con él, siempre en riesgo de discutir hasta el frenesí y el incidente, no titubeé en aceptar la invitación. Siempre estoy temeroso de que me invadan los óxidos del hastío.

Es un ególatra —me había advertido otro novelista de nuestra generación— y hace cosas fantásticas. Una tarde me paseaba yo inocentemente por la vecindad de mi casa, cuando desde un automóvil en movimiento me llamaron tres eufóricas voces, entre las cuales sonaba inconfundible la de Juan Godoy. Me invitaban a que fuéramos al momento, a comernos un asado al palo, en la inauguración de un tijeral. Acudí por ternura —prosiguió el novelista— o por falta de carácter y aquello resultó fantástico. Para empezar el novelista Juan Godoy advirtió al cuidador del edificio, un hombre rudo y alto como un veterano pugilista, que él no podía comprender lo que significaba departir con un escritor, con un novelista. El recio tertulio nos advirtió que si no sofrenábamos a nuestro amigo, su frágil vida corría peligro.

Mas dando un mentís a esta mala fama, Juan Godoy iba tranquilo y afable junto a la poetisa y a mí, sabedor yo, sin embargo, de que el sarcástico y original cuento de Juan Godoy *Un inspector de sanidad*, empezaba así:

Estábamos de sobremesa, Coralia, graciosa y delicada, como pistilo, presidía nuestra tertulia. Era la dueña de la casa y mi dueña. Su cabellera suelta, de oros irisados, como una ola deshecha, nimbaba la nieve de su frente alta y fina, inundaba el blanco cuello y la garganta, se quebraba en los hombros alzados. Sus reflejos daban al rostro de mi amada una tonalidad traslúcida y como de porcelana. ¡Oh, yo quería jugar, hundir mi mano en sus ondas! ¿Por qué sus párpados, al erguir su frente delicada, se dormían como la flor del pensamiento?

Es probable que Coralia no anduviera lejos de nuestros pasos, y por algo Juan Godoy, aparte de su permanente ánimo expansivo, quería que nos sentáramos todos juntos, a la vera de una mesa de un café. Allí conversamos casi fraternalmente hasta los albores de la

mañana; llegó a nuestra vecindad un cómico español, antiguo amigo mío, hombre ya viejo y algo filósofo que, como la poetisa, sólo bebía aguas minerales, y cuando ya cerraban el local, salimos a la calle, con esa indecisión de los trasnochadores que han logrado transgredir el paso isócrono del tiempo. Acudimos, por cierto, a otra fuente de soda en cuya brillante y bulliciosa electrola Juan Godoy colocó algunos discos, un poco ausente de la poetisa y de mí. Entonces la dama me pidió que la llevara a su casa pues ya era muy tarde y no podía prolongar más su trasnochada. Alguien que oyó nuestra conversación y que acompañaba al novelista en la tarea de escoger los discos cuyos acordes la electrola difundía a bocanadas, le advirtió que "su mujer", así debe de habérselo dicho, se iría con su amigo; entonces Juan Godoy salió iracundo hasta la puerta de la fuente de soda y allí gritó estentóreo:

—Merino Reyes ¿a dónde se van?

Le expliqué con una frialdad salvadora de mi vida en ciertos trances, que la poetisa me había pedido que la acompañara hasta su casa, pero que si él no estaba conforme podía hacerlo él mismo, sin mayor contratiempo. Nuestro amigo miró hacia el interior de la iluminada fuente de soda, atisbó nuestras cervezas a medio consumir y dijo, dinamizado su cuerpo fino, su rostro moreno como de soldado infatigable, por el rasgo generoso:

—Está bien, llévala tú hasta su casa...

La fugaz escena señala un contorno, muestra asimismo que los chilenos, lo queramos o no, escribamos o nos abstengamos por desdén o certidumbre de la propia fuerza, somos intrínsecamente personajes, sujetos casi siempre en acción. En 1956, el escritor argentino Bernardo Kordon publicó su libro *Vagabundo en Tombuctú*, mezcla de fábula y de relatos verídicos, fórmula con que más habitualmente de lo que imaginamos, se remata la tentativa literaria. Hay ahí una escena del arrabal santiaguino que he narrado más de una vez a Juan Godoy y que él escucha sin descender de su risa socarrona. No sobra decir que Kordon es un hombre rubio, serio, de grandes gafas y además un viajero empedernido. Desde la página 25 de su tomo escribe:

El abirragado bazar persa se extendía por San Diego hasta el barrio del Matadero. En la esquina de Tarapacá, al lado de un buzón, rojo arriba y ennegrecido abajo por la fermentación de orines nocturnos, paraba todas las noches una prostituta a quien le faltaba una pierna. Se afirmaba en su muleta y esperaba. Después dejaba la muleta contra la pared, se apoyaba en el buzón y seguía esperando. Enfrente había un cabaret popular con

crepitante parrilla en la entrada. Las parejas bailaban furiosamente al son de una victrola automática, haciendo temblar las tejas del viejo caserón.

Bebedores con los sombreros echados sobre los ojos y parejas abrazadas. Las monedas de un peso caían profundamente en el aparato y el swing en menor volvía a ser bailado con indeclinable brío. Es fácil ver el vino que corre por las venas hinchadas, el deseo que congestiona la nuca, y la complacencia del bailarín que baja la vista para contemplar el disloque de sus propias piernas. Dos senos sobre el pecho y olor a polvo de arroz y a axilas. Y el pelo oloroso y áspero, cosquilleando la nariz. Pecho con pecho, frotándose los vientres. Y el vino es el petróleo de esa magnífica máquina. O posiblemente exista una corriente eléctrica que de esa cordillera cercana acciona y sacude a empleadas domésticas, estucadores, choferes, obreros, comerciantes ambulantes, rateros, cargadores de la Vega y peones de los Mataderos. Dos, tres mujeres con marcas de cuchillo en la mejilla, en la frente, en la barbilla. De un modo u otro, todos estábamos marcados esa noche, en San Diego y Tarapacá. Todos debidamente señalados por un tajo, por un gesto o por una sonrisa.

El vino rebasa en las copas, espesa la sangre, lubrica las coyunturas, agudiza el deseo, facilita la comunicación. Rostros criollos, bocas araucanas, mandíbulas vigorosas, ojos gitanos. Las camareras pasan con una jarra de vino en cada mano. Imposible defenderse de los pellizcos, mientras el vino gotea de las mesas y forma charcos en el suelo.

Allí llegué acompañado por el profesor G. En ese pandemonio me sentí entre hermanos, en el momento culminante de levantar las copas para brindar por la armonía familiar. En ese estado eufórico y peligrosamente sentimental, escuché al profesor G. Me explicaba un movimiento literario que capitaneaba, el "angurrientismo", que definía como "apetencia vital del estilo" o algo parecido. Nada explicaba mejor el "angurrientismo" que esta preferencia delirante de tangos de la Guardia Vieja y de "swing" bailados con generosa vitalidad. Además resultó muy ilustrativa la lectura de un capítulo de una novela inédita del profesor, páginas altamente costumbristas aunque con no pocas licencias poéticas. Después comenzó a barajar algunos nombres representativos del angurrientismo. Cuando finalmente pasamos a las figuras universales, situamos valores dentro de su escuela, y ya en este tren de colaboración amistosa, le ayudé a salir del local.

Yo vivía en la vuelta, en la calle Tarapacá, pero lo acompañé hasta la calle Arturo Prat. Cuando llegó un destartalado tranvía 8, tuve que ayudarlo a trepar, y una vez arriba del coche lo acomodé en un asiento y me instalé a su lado.

Ese tranvía atravesó el centro para internarse por olvidada barriada.

Se trataba ahora de hurgar entre los escritores argentinos para situar a los angurrientistas que pudiesen existir entre nosotros. Opinaba que esa "angurria de apetencia vital" o angurria llana y lisa se hacía difícil encontrar en Buenos Aires, cuando el tranvía se detuvo para no proseguir más.

Bajamos en medio de la noche. Cerca llegaba el murmullo de una acequia, pero más allá pesaba la mole de la cordillera, el desierto más loco que pudo crear la cruel naturaleza.

El tranvía reanudó la marcha, devolviéndose hacia la ciudad. Tuve el presentimiento que no volvería a pasar otro en esa noche. El profesor señaló una luz en la calleja muerta.

—Vamos a tomar el último trago.

Acepté.

Bien hice en sospechar de esa engañosa quietud. En esa taberna bebían carabineros, policías de civil, carreros, hampones y demás trabajadores de los caminos.

Nos hicieron una acogida silenciosa. Cuando el tabernero vino con desgano a la mesa, comprendí que en ese tugurio el profesor podía ser conocido pero no querido. Pedimos aguardiente aromatizado con apio, de conocidas propiedades digestivas. Como teníamos el estómago revuelto por el vino, bebimos un segundo apiado y comencé a sentirme mejor. Entablé conversación con un carabinero, y después de las primeras palabras todos los ocupantes de la mesa de policías se pasaron a la nuestra. Pidieron media docena de botellas de vino y no tardamos en fraternizar. Todos nos sentíamos sumamente halagados de emborracharnos juntos, civiles y uniformados. Cambiamos algunas confidencias y brindamos con términos muy afectuosos.

Repentinamente el profesor señaló a los uniformados y dijo:

—Aquí tiene usted a los carabineros. Nosotros los llamamos “pacos”.

Hizo una pequeña pausa y agregó:

—Es la gente más odiada de Chile.

Miré al policía vestido de civil. Parpadeó como si un poderoso foco terminase de encandilarlo. A su lado palideció un sargento de caballería que hablaba de su juventud en los bosques de Temuco.

Hasta aquí la extensa y maliciosa cita. ¿Es realidad o ficción? Nada importa para el caso. Se advierte el contraste entre dos fuertes caracteres: el chileno y el argentino. La estada en el céntrico arrabal, en la proximidad de “la mole de la cordillera, el desierto más loco que pudo crear la cruel naturaleza”, infunde algo de miedo, pero a la postre no pasa nada. En Chile no siempre sucede algo, y cuando el asunto se ve más tenso y lóbrego, termina por no complicarse. Es la condición de estos habitantes casi lunares, poseedores de una primavera fría, de extraños matices, que hace pasar, sin transición, del crudo y desolado invierno al verano. El observador de la tierra plana no está habituado a los raudales de nuestro vino puro, a la inestabilidad de nuestra corteza terrestre, cortada a pico junto a la profundidad de sus mares. En ese aspecto, Juan Godoy, esteta y estilista, es uno de nuestros escritores genuinos, un sobreviviente de nuestro mismo ámbito azaroso.

\* \* \*

Por primera vez leí el nombre de LEONCIO GUERRERO, en la revista *Multitud*, órgano más que expresivo de Pablo de Rokha, sobre un cuento que se intitulaba *Útiles de Labranza*. Era un trozo de indudable queja social, una de esas oposiciones, tan frecuentes en nuestra literatura reivindicadora, entre el patrón y el inquilino gris, descalzo, apenas vestido, sin posibilidad de fugarse por ningún hori-

zonte. Pensé que Leoncio Guerrero era un socialista que usaba la prosa nada más que como un canal, como un instrumento —el mejor de todos— de penetración. Esta idea no se desvaneció al conocer al autor, allá por el año 1939 o 40. Creo que el poeta Víctor Castro nos presentó junto a la vitrina de la antigua librería Nascimento, en un sitio despejado de la calle Ahumada, olorosa a frutas, animada más por los pregones que por los vehículos en movimiento. Algo que hoy resulta bastante aldeano y lugareño. Estuvimos frente a un hombre moreno, de baja estatura y regordete, frente no muy amplia y cabello lacio, cuyo misterio intelectual residía en la sonrisa, un asomo de dientes blancos, parejos, que aparentaban suavizar el énfasis de su fe literaria y política. Pero había algo más bajo esa apariencia.

Poco a poco, en el Sindicato de Escritores, en las peñas literarias, más frecuentes entonces que ahora, fuimos conociendo a un muchacho burlón, sensual, para quien las mujeres eran, como es obvio, la suprema aventura, para quien el viaje por tierras distantes, en forma anónima, sin ninguna de esas credenciales literarias y sociales que desvelan a los funcionarios y literatos de invisible sombrero hongo, eran su mayor encanto. Guerrero venía de Constitución, había tenido la suerte de que Domingo Melfi le obturara en Talca una muela, cuando el futuro ensayista y crítico era nada más que un anónimo dentista, y bajo la periferia de su verba socializante había un hombre con fuerte sentido patronal, salido no de entre los inquilinos sino de los propietarios de sus tierras fluviales. El triunfo del Frente Popular en 1938 había desplazado una nueva clase, grupos políticos jóvenes que unidos al Partido Radical, de honda tradición clasista en Chile, habrían de reformar la conducta política y económica del país, darle un contorno nuevo, revolucionario, entre las naciones del Continente. Así al menos rezaban los programas. Pero las clases nuevas son más frágiles que las viejas y las esperanzas no resultaron al momento satisfechas. Además, el primer desplazamiento social tuvo un cariz burocrático y su campo de acción hubo de ser la administración pública y la diplomacia. Leoncio Guerrero en su relato *Audiencias*, publicado por la revista ATENEA, esboza este momento del país; las dificultades para hablar con un ministro del nuevo régimen, la pesada tramitación de que un postulante a ocupar un cargo merecido, es víctima. El cuento produjo molestia, el ministro estaba retratado con exceso de circunstanciada precisión, Guerrero obtenía ese triunfo íntimo que ningún escritor de verdad ignora: el uso de su oscuro ejercicio literario para vengar una realidad infamante, primer intento de ese recorte de la realidad, convertida en resistencia, que viene a

ser la impulsión artística. A este cuento de Guerrero siguió otro que narraba las proezas de un inspector de Impuestos Internos, capaz también de ocasionar gacetillas alusivas en un diario grande, y el novelista viró en seguida hacia el puro trabajo literario. En esa línea están *Pichamán*, *Faluchos* y *La Caleta*, novela de pescadores ambientada en las playas de Cartagena, que Guerrero conoce bastante bien. *Alone* vio en esta novela un rebrote del criollismo más negativo, con tendencia hacia un feísmo degradante, sucio, hasta maloliente. Puede ser todo esto una verdad parcial, mas no es justo negar que *La Caleta* es una novela bien construida, escrupulosamente escrita, con tipos degradados, sin duda, pero que se graban en la memoria, estilizados amorosamente en su miseria y en su horror. Algo de lo que sucede también con algunos de los mínimos personajes de Juan Godoy. Aunque los héroes de Guerrero están en un nivel pensante más bajo; el autor quiere mantenerlos impolutos en su autenticidad, no convidarles nada —como hace Godoy— de sus gemas literarias. Pilintra, el protagonista de *La Caleta*, novela repartida en capítulos breves, con frecuentes diálogos, con personajes que se presentan por sí mismos, como los títeres de un tinglado grotesco, es un borracho famélico que el autor apenas salva. El vino aparenta sonar en su estómago escuálido, y acaso este mismo desamparo impone una realidad viviente en medio de un panorama espléndido, de mar azul y brisa límpida, junto a un oleaje que, con frecuencia, se hace hostil. Este trozo que transcribimos de la página 153, nos acusa la natural filosofía de Pilintra:

Y torció para la cueva, donde se arrojó con todo su peso y su indolencia sobre unas mantas. ¿Que había mal olor? ¿Que las cabezas de pescado estaban putrefactas? ¿Y qué? Ni la cabeza le dolería. Estaba acostumbrado. Vaya una cosa por otra. Prefería la cueva con sus hedores a una casa que para pagarla y mantenerla tendría que trabajar regularmente, obedecer y sentir la tiranía del tiempo. ¿El tiempo? Para él era ese lento, dulce pasar de los días, aparecer y perderse del sol. Si alguien le hubiese preguntado en qué día y en qué mes del año se encontraba, no habría podido responder. Sólo sabía que era verano, porque podía refugiarse, sin temor a los fríos, en la cueva. Le quedaba un poco de tos, a causa de su enfermedad. Pero ya pasaría. Cierto, también, que le dolía la espalda, que estaba muy pálido. Tampoco le importaba: una cuantas salidas a la pesca y volvería tostado y fuerte.

\* \* \*

Es preciso viajar un poco para advertir las fronteras de Chile. Su largura en el último flanco de Sudamérica, da al habitante una sensación de Norte y Sur, de baranda junto a la infinidad del océano,

que no tienen los ciudadanos de otros países. Cuando se ha estado lejos y se regresa, puede advertirse una atmósfera transparente, como de planicie insular, oculta por temibles montañas; el rostro de los habitantes es severo, los niños son silenciosos y los adultos muestran las arrugas propias del fatalismo. Bien sabemos que existe cierta razón para todo esto. Pero lo que ahora nos interesa señalar es que en esta tierra vapuleada laboran algunos intérpretes genuinos, poetas, novelistas, cuentistas que han fijado en sus obras el sello escurridizo de este carácter. Tal es el caso de Fernando Alegría, de Juan Godoy, de Leoncio Guerrero, novelistas actuales de nuestra tierra, distintos los tres, pero ligados por una autenticidad que los destaca, señalando sus perfiles diferenciados y rigurosos.